

# I

**M**.M. tomó la taza de café y se la llevó a los labios. Dio dos sorbos pequeños y la volvió a dejar sobre la mesa. Sus ojos se posaron sobre la primera página del periódico. Un sentimiento de alivio se vislumbró en su rostro. Buscó su nombre en el *staff*, menudeó su mirada en las páginas interiores sin saber a ciencia cierta qué es lo que buscaba. No, su nombre ya no estaba allí. Adivinó el de su sustituto, otro *elefante* en horas bajas venido de la capital. Como él, unos años antes. Le sonaba su nombre porque habían coincidido en algunas ruedas de prensa del Ministerio del Interior. ¿Empezaba por *eme*, como él?, ¿por *g*...? ¿No era acaso Gerardo? Sí, Gerardo Iglesias. Le sonaba aquel nombre, aunque le costaba asociarlo a un rostro, a unas señas de identidad concretas más allá de la eufonía de una denominación estéril: el tono de voz, los rasgos de su cara, las aristas de su carácter. Todo ello le producía la impresión de que intentaba desentrañar el perfil de un sueño y no el de un antiguo compañero de profesión en los gloriosos tiempos de la prensa en la capital. Sí se acordaba, en cambio, del ministro: era un señor alto, de luciente mostacho, que estrechaba las manos de los periodistas con tal fuerza que apenas te quedaban arrestos para tomar el bolígrafo y garabatear sobre el

papel su monótono discurso. Él, el nuevo, ¿de verdad que se llamaba así, Gerardo? —y se esforzaba por buscar su nombre entre los firmantes de los artículos de la sección local, sin éxito—. Como tantos otros, habían decidido purgar sus fracasos en plazas menores y recibir, así, el agasajo de pobres ignorantes que se creían el centro del mundo como Pablo San Román. Que le dieran por culo, se decía a sí mismo, con rencor desmedido, el mismo M.M. Y el nuevo, su sustituto, la sombra que venía a cubrir la labor de *El sabueso*, Manuel Marcos, como no se cansaban de llamarle, ¿también miraría a Rocío con ojos de deseo, escucharía las reprimendas del ínclito redactor jefe San Román, aprobaría las nimiedades que relataba Sandrita sobre sus recientes travesuras amorosas? Los últimos tiempos en la redacción apenas le habían dejado unas pocas imágenes para el recuerdo. Sin embargo, como se trataba de una persona de pertinaces rutinas, se había acostumbrado al café de siempre, a su camarero de siempre, a su mesa de siempre. Era el ancla que necesitaba su vida para no precipitarse definitivamente hacia las profundidades de la conciencia. Tenía que hacer algo, debía hacer algo, pero, ¿el qué? Levantó la mirada y, a través del ventanal sucio, la posó en el edificio que aún albergaba la redacción del periódico. ¿Sentía nostalgia? Su carácter se había agriado en los últimos tiempos. Apenas soportaba las relaciones sociales, por eso el periodismo era algo que ya no iba con él. ¿Había abandonado definitivamente la profesión? Era una pregunta que le daba somnolencia, que le producía un cosquilleo incómodo, como si no se atreviera a reconocer que aquella cuestión tenía una clara respuesta, a pesar de la tenaz resistencia que sentía a pasar página a un periodo extenso de su vida. ¿Y ahora, qué? ¿Empiezo de nuevo como si nada? Cuando no se tiene nada que perder, empezar de nuevo no es más que un accidente del destino. Se acordaba de cuando era apenas un estudiante

de primero de universidad y se esmeraba en emborronar las hojas cuadriculadas de un humilde cuaderno que llevaba en la bolsa, regalo publicitario de un banco donde había ingresado el importe de la matrícula; allí guardaba apuntes, el estuche con unos pocos bolígrafos, dos azules y dos negros, repetidos por si se acababan —sentía verdadero pánico si le tocaba verse ante la posibilidad de pedir material de escritura a un compañero, como si supusiera una invasión de la intimidad en toda regla—; una revista de baloncesto, la carpeta con folios —la mayoría en blanco— ordenados por materias; un libro adquirido a José en el tenderete que montaba cada mañana a la salida de la boca del metro de Ciudad Universitaria. Después de demasiados años, no sabía contarlos, dedicados a la rutina del trabajo en una redacción, necesitaba parar. Le venía a la cabeza aquella escena de *Forrest Gump* —una película que, por otra parte, no soportaba tras una asombrada visión inicial— en la que el protagonista, después de años recorriendo Estados Unidos de la costa atlántica a la pacífica, jaleado por un numeroso grupo de seguidores, un buen día decide detenerse porque ya estaba cansado. No lo había hecho fruto de una meditación sosegada —Forrest no pensaba demasiado sus decisiones—, sino porque sentía que debía hacerlo así, como ese idiota al que la vida le sonreía porque presumía de ser idiota, sin él saberlo. Es cierto que le inspiraba ternura; su desvalimiento, a la postre, era parecido al que sentían muchos, él sin ir más lejos. La soledad, el vacío, la sensación de que los años habían transcurrido sin un propósito determinado. ¿No eran motivos suficientes para quedarse sentado en el sofá durante un par de semanas? Se conocía: una cosa era plantear el futuro y otra recorrerlo. ¿Qué haría después de dos días sin una ocupación determinada? Somos seres de rutinas, de amaneceres sonámbulos en los que el despertador marca el ritmo de un programa definido. La sensación de la

hora del cierre de la edición local, la llamada de San Román reclamándole el artículo «de una puta vez», el café matutino en el lugar de siempre, en la mesa de siempre, con el periódico en la mano, orgulloso de su hazaña —un par de columnas con una foto horrible que pocas cosas tenía que ver con el texto— y de las previsibles reacciones de lectores, políticos, cargos municipales que no le dejaban de mandar mensajes al móvil, de llamarle para contarle algún chascarrillo, de proponerle algún encargo que sería beneficioso para su carrera. Como si todo aquello le importara de verdad, ¡y un pimiento...! Le entraban ganas de contestar con ira, de responder al mensaje como se merecía el botarate de turno, que se creía más que nadie porque había arañado unos votos entre una panda de imbéciles a los que habían prometido el oro y el moro, cuando no un pequeño trabajo para su hijo, su sobrino o su hermano. La vida podía ser hermosa, decía su exmujer, aunque M.M. no entendía para quién. Se acordaba también de aquel compañero que, ufano ante un vaso de whisky —¿por qué no había botellas de alcohol en las redacciones de ahora?—, le anunció, en un lejano año en que apenas había empezado su travesía de periodista como simple becario, «las tres 'd' que debía cumplir todo buen *sabueso* del papel». Hurgó en su memoria como en un viejo arcón en el que se acumulaban recuerdos, olores y sensaciones diversas, restos del naufragio interminable en el que, sentía, se había convertido su vida. Se acordaba de la primera —¿dipsómano?— y de la segunda —¿divorciado?—; pero, ¿cómo demonios se llamaba la tercera 'd'? En todo caso, ¿qué más daba? Tonterías, pensó, no son más que tonterías. Seguro que aquel viejo maestro de profesión decía lo que decía porque su vida se había encarrilado hacia un tremendo fracaso. Con toda seguridad alternaría en bares de mala calaña desde primeras horas del día, después de ser despedido porque un jovenzuelo podía

hacer su trabajo mejor que él —llenar y llenar páginas, sin importar la calidad del contenido, a eso se había reducido la labor del periodista en los tiempos que corren, se lamentaba M.M.—; tendría dos o tres hijos que vivirían con su exmujer y que no querrían saber nada de su padre. ¿Y qué más? No, M.M., el gran Manuel Marcos, el miserable Manuel Marcos, no podía presumir de que su vida hubiera discurrido por otros derroteros. No, no tenía hijos, qué va. Tampoco se podía decir que fuera un borracho ni un vicioso, como aquel agente Charifas que le pasaba información valiosa para sus reportajes y que acabó con sus huesos en la cárcel por gravísimos delitos de corrupción. ¿Qué haría, entonces? Últimamente, cuando se miraba por las mañanas en el espejo, le costaba reconocer ese rostro que veía reflejado en el cristal. ¿Era él, efectivamente? Le daba la impresión de que su persona y el cuerpo que la albergaba caminaban por senderos diferentes. Él era el mismo; si cabe, un poco más desengañado. Su cuerpo, no obstante, mostraba una decrepitud manifiestamente repulsiva. Nunca había sido aficionado al deporte, un antídoto contra el envejecimiento. Tampoco a la vida sana ni a la dieta mediterránea. En definitiva, no se cuidaba en absoluto. Pero de ahí a verse hecho un adefesio, en esa edad incierta en la que da vértigo escrutar el natalicio en el documento nacional de identidad, distaba un pico. Por lo tanto, ¿dónde iba a meterse él a sus años y con sus pintas? No era un viejo, pero las redacciones se plagaban de jóvenes imberbes recién licenciados que no sabían hacer la ‘o’ con un canuto, y la mayoría desconocía si se escribía con hache o sin ella. Su tiempo, se convencía, había pasado. Ahora todo se hacía con Internet: un indocumentado leía cuatro tonterías que circulaban por la Red y era capaz de hacer un *refrito* haciéndose pasar por un experto. Todo se cocinaba a una velocidad inhumana que no dejaba espacio al sosiego. Además, los politicastos, conscientes de